

Testimonio Rafael Ramírez

“Son aquellos que hacen un gran esfuerzo en parecerse a Jesús a los que Dios empuja a una oscura sequedad y a un tomar conciencia de sus propias imperfecciones” (The Gift of Dryness in Payer, Mother M. Angelica)

Hace pocos días que he terminado un retiro espiritual con un sacerdote Jesuita español en Tailandia. Una gran bendición, ya que tener un tiempo de intimidad con Dios con alguien de tu mismo idioma y con gran experiencia en acompañamiento espiritual, lo que no es fácil encontrar en Asia. Además, este espacio de retiro, fue también un tiempo de mirar la vida a un año de que fuera ordenado sacerdote Columbano.

Mi tiempo como sacerdote y diácono en Chile, fue ante todo un tiempo de poder compartir la vida con la gente de san Matías. Llegar a conocer las distintas comunidades, compartir con ellos, celebrar la Eucaristía, encuentros y un sinfín de actividades. Estar con personas que me abrieron su corazón para compartir penas y alegrías, que por sobretodo me ayudaron a apreciar mi vida como pastor.

Si lo pienso desde hoy, fue un breve momento, rostros de personas concretas, cristianos que aman a la Iglesia y que por sobre todo la ven como la madre de todos y todas, con los brazos abiertos para ir al encuentro de los que sufren, los que están en la “periferias” y de un Cristo vivo que va “en salida” con ellos.

Ahora estoy viviendo en Yangon una de las ciudades de Myanmar. Este país se encuentra entre China, Tailandia, India y Laos. Muy caluroso y húmedo a la vez. Una ciudad de contrastes sociales, arquitectónicos y raciales que poco a poco se está abriendo al mundo exterior después de muchos años de un gobierno muy rígido. Su gente es muy humilde, sencilla, de una profunda fe. Existen templos budistas por todos lados, ya que ésta es la religión predominante. En las mañanas es interesante ver a los monjes caminando por las calles, sentados a tu lado en el transporte público, un estilo de vida muy distinto al nuestro.

Ha sido toda una aventura esta nueva misión, muy diferente a las que he vivido. En estos pocos meses me ha costado adaptarme al clima, la comida y la cultura. Por otro lado está el idioma, el cual no tiene ninguna conexión con el español o el inglés, ya que posee un alfabeto muy diferente con distintos tonos. También está la religión Católica que es minoría en este país, con grandes iglesias llenas de gente los domingos, en donde por lo general soy un espectador, que no entiende mucho de lo que está pasando.

En uno de mis últimos encuentros, durante el retiro, el padre Miguel, mi acompañante, me compartió un escrito de la hermana Angélica Francis. Me dijo que no compartía mucho la teología de ella, pero sus escritos de espiritualidad eran desde la experiencia de ese encuentro íntimo con Dios. Una de las imágenes que ella usa y que me ayudó a entender el proceso por el cual estoy viviendo, es la imagen de subir una montaña. En el valle es más fácil caminar, te encuentras con muchas personas, también el respirar se hace sin mayor

problema. Pero subir la montaña requiere de esfuerzo, duelen las piernas, muchas veces no son muchos los que pueden ir a tu paso, si llevas muchas cosas contigo, las puedes dejar para buscarlas a la vuelta, además, mientras más subes la montaña, más solo puedes llegar a sentirte. Pero cuando finalmente llegas a la cima la soledad desaparece y al contemplar la inmensidad del paisaje, todo se ve de forma diferente, hay algo que nos llena completamente. Si esto es un reflejo de nuestras vidas, podría decir que estar en la cima es estar en la soledad absoluta de la compañía de Dios, de sentir que nuestras vidas se llenan de su presencia, de poder ver de alguna forma las cosas como Él las ve, de ver nuestro camino recorrido sin sentirnos atados a él, sin sentir arrepentimiento por las decisiones tomadas, por todo lo vivido.

Ciertamente hay momentos en nuestras vidas en donde la presencia de Dios es tan viva y real como el tierno abrazo de una madre, pero también hay otros momentos en los que todo desaparece, todo se vuelve árido y oscuro. Viviendo esta nueva experiencia, en este nuevo país, los días han sido una mezcla de distintas emociones, por un lado de aridez, soledad, cansancio, sin entender muchas cosas, de sentirme un simple espectador, y también por otro lado, aunque a ratos, alegría y consolación, pero por sobre todo la fuerte convicción de que Dios está trabajando en mí, y así mi vida pueda poco a poco ir transparentando a Jesucristo, de que pueda caminar con sus pasos, mirar a los demás como Él lo hizo, que mi forma de vida sea el servicio a los demás.

P. Rafael Ramírez, ssc